

eterna inteligencia y sabiduría, nada ignoraba, y nos lo ha dicho todo. Y de otra parte ¿qué podía ocultar al amado discípulo que reposó sobre su corazón durante la Cena, y al príncipe de los apóstoles, á quien estableció como jefe y piedra angular de su Iglesia? ¿Y qué podía ocultarnos aun á nosotros? ¿Dándonos su vida, nos hubiera rehusado la verdad? El la depositó, pues, en la memoria y en la conciencia de sus contemporáneos, que nos la han trasmitido ya de viva voz, ya por medio de inspirados escritos. Esta doctrina, que ha cambiado el mundo, enseña á creer en Dios, á amarle y obedecerle; enseña al hombre á amar á sus hermanos, y á sacrificar todo cuanto le sea posible á la paz y á la concordia: enseña á preferir el alma al cuerpo, la patria á la familia, la humanidad á la patria, Dios al hombre, la eternidad al tiempo, el cielo á la tierra. Esta doctrina fué expuesta en discursos que nada tienen de comparable por su grandeza y sencillez, el encanto de la persuasión, la gracia y la autoridad divina; al paso que es superior al génio, que nos la penetra hasta el fondo, se hace accesible á la ménos cultivada inteligencia, pues tiende á elevar el espíritu, á dilatar el corazón, á trasformar la vida divinizándola.

Después de haber dado á sus discursos la sancion de sus milagros, y de una resplandeciente santidad, Jesus quiso sellar con su sangre todas sus palabras y todos sus actos. Reconocido públicamente por el Cristo y por el Mesías, á pesar de las envidiosas y viles maquinaciones de los que por su sagrado carácter y su autoridad se empeñaban en torcer el buen sentido del pueblo, fué recibido en triunfo en Jerusalem, algunos dias ántes de su muerte. Los habitantes de la ciudad de los reyes viéronse salir en tropel al encuentro del Hijo de David, que venia á ellos lleno de dulzura, montado como lo acostumbraban en lo antiguo los jóvenes príncipes de su familia, y correspondiendo con tierna afabilidad á las demostraciones de júbilo y de honor que le tributaba aquella multitud ansiosa de ver á su Profeta; pues el corazón de Jesus nunca

rehusó los mas humildes obsequios que se le daban, cuando salian tambien del corazón.

Ved ahí cómo veinte años atrás describíamos con todo el fuego de que era capaz nuestro entusiasmo, aquella interesante escena.

¿A dónde va este Dios de la majestad? ¿Será aquel Rey inmortal que, en expresion del Profeta, ha de venir sentado sobre un humilde pollino? Pero las sendas de la ciudad se hallan alfombradas, las graciosas palmas se doblan y se confunden sobre el camino de Sion, y muchedumbre bulliciosa celebra con ramos de olivo la entrada del Dios de la paz. Así regresaba á la ciudad santa el Pastor Rey, ornado de laureles y cargado con los despojos de los filisteos. El pueblo, que reconoce al Hijo de David, por el bien que ha derramado en su tránsito, sale á encontrarle, le cerca, le impide el paso, se le humilla, salta de júbilo y hace resonar por los aires el hosana triunfador con que los ángeles anunciaron sobre Belen su venida al mundo. Los pérfidos de la Sinagoga temen que este pueblo no le proclame. ¿Será que ese Dios humilde vaya á sentarse sobre un trono de grandeza ó á cubrirse con la púrpura de los Césares, como aquel Mesías que esperaban los insensatos judíos? ¿Dejará escapar de su frente un rayo de divinidad para sorprender al mundo y asombrarlo? ¡Ah! el reino de Jesus sobre la tierra no es de oro ni de esplendor. La profunda herida del hombre necesita de otro remedio. La vida ha de rescatarse con la muerte. El Hijo del Eterno Padre ha dejado á Betania, y no tardará mucho á entregarse en manos del hombre pecador. Su corona serán lágrimas y espinas, su cetro el oprobio y el dolor.

Mas el rostro de Jesus no participa de la alegría que le rodea. Lleva oculto en su seno el areano mas sublime de su amor, y suspira con ansia para ponerle en manos de los hombres. Todo su afán es celebrar la Pascua con sus discípulos. Compadece la misma desventurada ciudad que le rinde aquel obsequio pasajero, y

fija sus ojos en aquella cumbre sagrada que presto será el altar de su sacrificio.

Al recordarnos tan tierna escena, la mística esposa del Corde-ro, en medio de cánticos de júbilo, hace percibir algunos acentos de dolor. Las almas sensibles se trasportan entre los niños hebreos, y confunden con ellos sus cánticos. ¡Gloria al que es la salud de Israel, al que acatan los tronos y las dominaciones!

¡Cuánto conmueve el oír resonar en nuestros templos las bendiciones al Dios de Jacob! Manos inocentes empuñan las palmas cándidas y los verdes olivos. Entre esta especie de bosques móviles se deja ver la cruz enlutada, los sacerdotes vestidos también de luto. La muchedumbre cristiana entra con júbilo en el templo como en la mística ciudad de Jerusalem, entonando el himno del triunfo: “¡Gloria, alabanza á Cristo, Rey Redentor! ¡Rey eterno de Israel, ínclito Hijo de David, que viene en nombre del Señor! ¡todas las potencias celestiales te engrandecen á una voz, el hombre se te humilla, la creacion te acata! Los hebreos salen á tu encuentro con palmas, y nosotros con el incienso de nuestras súplicas y de nuestros suspiros.”

La Iglesia celebra como adolorida la entrada triunfante de su Esposo, porque está muy cercano á la angustia y á la muerte. Apenas cesan los himnos de gloria, resuenan en el templo los lúgubres lamentos del dolor, y la voz de aquel mismo pueblo despiadado clama: Crucificadle. Esta mezcla de obsequio y de crueldad; esa inconstancia humana que consumó en Jesucristo los designios de Dios y pinta tan vivamente la degradacion de nuestra naturaleza; esa alegría confusa, sofocada luego por la idea de los tormentos y de la cruz, forman un contraste patético y una de aquellas celestiales armonías con que los mas altos misterios de la religion cristiana se insinúan dulcemente en el corazon.

La conmovida ciudad, al ver que se tendian vestidos y ramas de árboles al pasar aquel Nazareno; al oír que se gritaba á su alrededor: ¡Salud y gloria al Hijo de David! ¡Bendito sea el que viene en nombre del Señor! preguntaba: “¿Quién es este?” y le

respondian los pueblos con entusiasmo: “Es Jesus, el profeta de Nazareth.” En medio de la turba festiva de niños, discípulos y pueblo que salta de alborozo, van también confundidos pechos duros y obcecados, y murmuran palabras siniestras. La envidia corroe sus entrañas, y la maldicion, como un vapor infecto, se exhala de sus lábios blasfemos. A su mirada sombría y suspicaz, se trasluce el veneno que ocultan: generacion de víboras, que oculta su veneno. Anhelando sofocar el grito fiel del candor y del reconocimiento, “Maestro, le dicen al Hijo del Hombre, haz callar tus discípulos.” Y responde el Criador del mundo, sentado sobre un pollino, estas palabras que solo pueden salir de una boca omnipotente: “Si mis discípulos callasen, las piedras recibirian alma, y saldria la voz de las piedras.” Y callaron ellos confusos, tascando el freno de su furor.

No vemos que la santa Virgen fuese presente á aquel triunfo: aquel glorioso bullicio cedió bien pronto su lugar á las humillaciones y á los sufrimientos, en medio de los cuales apareció ella con un valor digno de la Madre de un Dios.

El historiador de María, empero, tantas veces citado, dice que María entró en Jerusalem en seguida de Jesucristo, y que vió á sus habitantes salir en alegres grupos al encuentro de su Hijo. “Magdalena, contemplando á la vez á su Señor, y á esa multitud de pueblo que hacia resonar los aires con los gritos de *hossana*, lloraba tiernamente bajo su velo. María tenia también los ojos humedecidos; pero sus miradas estaban dirigidas hácia el Nordeste..... ¡Allí estaba el *Calvario!*”

Este nombre es el que revela por sí mismo, no solo el grande sacrificio de Jesus, sino el sufrimiento inmenso de María. En él se encierra todo lo mas encumbrado de su heroismo y de su dolor. Si hasta ahora nos hemos detenido un tanto en recorrer con alguna minuciosidad ó detencion ciertas circunstancias de la vida de la Madre de Dios, por ménos conocidas ó no tan meditadas, procuraremos ahora reasumir en cortas líneas ese funesto período, tan fecundo en grandes y desgarradoras escenas; época terrible,

que se levanta en medio de los tiempos como un centro lúgubre y misterioso en la prolongada línea de la historia de la humanidad, en cuyos extremos se hallan la caída del hombre y su juicio postrero: época tristemente memorable en que, llegando á su colmo la iniquidad y la cegnera del hombre, consumió el sacrificio cruento en la persona del Verbo Dios humanado, sacando del crimen mas horrible y sacrilegamente atroz que han visto los siglos, la expiación de la culpa introducida en el mundo por el primer delito, y la salud del proscrito linaje del hombre, reconciliado ya con Dios por la sangre de la gran Víctima del Calvario.

A la consumación de este deicidio debía preceder una combinación de circunstancias llevadas por la mano de la Providencia, al modo que se acumulan una gran multitud de materias inflamables para producir la explosión. Este acumulamiento de siniestros elementos que prepararon la gran catástrofe de la cruz, está descrito con una fuerza y precisión admirables por el autor de la *Historia de María*, cual no hemos visto en otra parte.

Los príncipes de los sacerdotes, los senadores y fariseos acababan de apoderarse, á peso de oro y mediante una traición doméstica, de un *gran criminal*, que, según se aseguraba, comprometía el culto y el Estado. Muy peligroso debía ser el preso, pues aquellos personajes se habían impuesto un ayuno extraordinario á fin de asegurar su persona, y los fariseos, despues de haber hecho por la ciudad algunas limosnas de ostentación anunciadas á son de trompeta, habían concurrido á dar gracias por tan interesante captura, al que ha dicho de un modo terminante *aborrezco al impío que derrama sangre inocente*. Los príncipes de los sacerdotes, los doctores y los fariseos disfrutaban señaladas distinciones, y ocupaban los primeros puestos despues del procurador romano, que hacia pesar sobre ellos sus haces, y á quien profesaban un odio decidido aunque disimulado. Eran judíos concienzudos, que maldecían á su padre, absteniéndose religiosamente de mezclar en sus filiales maldiciones el nombre bendito; hombres que por escrúpulo hubiesen dejado morir á su prójimo en un pozo el día del sa-

bado; hombres honrados, que solo robaban á los incircuncisos; hombres puros, que se hubieran guardado de penetrar en el pretorio del gobernador idólatra la víspera de una fiesta, y que le arrancaban una sentencia inicua con mil precauciones minuciosas para no mancharse al contacto de su toga romana. Preciso era que el *criminal*, cuyo suplicio en alta voz y tumultuariamente reclamaban, fuese enemigo jurado de Dios y de los hombres, porque se habían abatido hasta el extremo de seducir al pueblo que de ordinario miraban con profundo desprecio, y á los soldados de Roma, á quienes veían con horror, para que su encono fuese mas completamente satisfecho. Para librar mas pronto al país del *insigne culpable*, habían violado con arrojo las leyes y usos de Israel, erigiéndose á la vez en acusadores, examinadores y jueces del detenido. También hubieran sido sus verdugos, á no preferir sujetarle á un suplicio infame, recientemente introducido entre ellos y reservado á los mayores delincuentes, para desacreditar totalmente su memoria, privándole á la vez del honor y de la vida.

Merced á sus instigaciones, ningun hijo de los hombres fué tratado jamás con mas ingeniosa crueldad y mas atroz barbarie; el insulto y la violencia no son capaces de inventar mas de lo que se hizo padecer á este condenado, que parecia una víctima preparada para el sacrificio, y solo respondia con el silencio á tan indigno proceder. Clayóse en la cabeza una corona de espinas, causándole otras tantas heridas profundas é insufribles; despues de haberle reducido á la desnudez de los esclavos, echarónle sobre los hombros un andrajo de púrpura, y poniéndole en su mano una caña por cetro, saludaban con ofensivos sarcasmos é insolentes gemflexiones al que trataban como rey de farsa. Todo su cuerpo, ensangrentado por una reciente flagelación, era una pura llaga; y su benigno y pacientísimo rostro, manchado con inmundas salivas, veíase regado con gotas de negra sangre que brotaba de la herida frente á que no podían alcanzar sus manos fuertemente ligadas..... Los príncipes de los sacerdotes, los doctores y los

fariseos presenciaban con íntima satisfaccion esta desconsolante escena; para tales hombres la compasion era pequeñez de espíritu.

Y ¿quién era el desgraciado que tan bárbaros tormentos sufría? ¿Acaso era un incendiario sorprendido en el momento de aplicar fuego al *Santo de los Santos*, un bandido arrancado por la noche de su cueva extraviada, un sedicioso que concita á la rebelion á los pueblos del Asia sublevándolos contra César?

¡Ah! No era un bandido ni un sedicioso; mas negros eran, mas patentes é imperdonables sus crímenes: habia querido hacer de los hombres un pueblo de hermanos, llamándolos á todos á una gloria inmortal; habia prescrito grandes virtudes que él mismo practicaba, y colmado de beneficios á la Judea. Este acusado, contra el cual se desencadenaban tantas pasiones malas, era el descendiente de David, de Salomon y de Ezequias, el triunfador de la víspera, Jesus, el gran profeta galileo, que habia pasado á través de la ovacion popular para encaminarse al Gólgota.

Cuando los pontífices y fariseos creyeron haber envilecido á Jesus á los ojos de la multitud, lo bastante para destruir la idea de su Divinidad, apurados por la proximidad del sábado, apoderáronse de su víctima, que el procurador romano les entregó con repugnancia; y cargando el enorme peso de la cruz sobre sus lacerados hombros de que manaba abundante sangre, forzáronle por las astas de sus lanzas á apresurar sus dolorosos y tardíos pasos hácia el Calvario, donde habian resuelto crucificarle.

Un concurso numerosísimo de espectadores coronaba las calles y plazas públicas; algunos hacian ostensible su feroz alegría, y en voz alta anatematizaban al Hijo de Dios; otros lamentaban la suerte del jóven profeta, que tanto bien hiciera á los hombres, y era por los hombres abandonado y vendido. Mas no eran perceptibles estas muestras de estéril compasion; los buenos lloraban en silencio, los que habia alimentado con cinco panes en el Desierto, los que le debian la curacion de sus males, los objetos de su amor, confundidos se hallaban entre la muchedumbre sin que se alzase una sola voz para protestar contra su suplicio; el que más

afecto le tenia entre sus apóstoles, habia renegado de él cobardemente; los demás le abandonaron, exceptuando uno solo.

¡Cual fué el dolor de María, durante el juicio trágico, la Pasion y los últimos instantes de su Hijo! Cuando éste hubo legado con un testamento de amor inmortal su cuerpo y su sangre á la débil y triste humanidad; cuando fué vendido por medio de la señal misma de la amistad, cargado despues de ultrajes, entregado en seguida á un populacho de feroces instintos, magullado de golpes, horriblemente azotado, ¡qué estremecimiento de pecho debió sentir su dulce y tiernísima Madre! ¡Qué pesar el no poder dar sino lágrimas por todo consuelo y alivio de tan acerbos tormentos! Pues aunque el Evangelio no haga parecer á María en medio de este drama, no obstante, como nos la presenta al pié de la cruz, motivos hay para pensar que fué testigo de aquellas horribles escenas, como asi lo confirma la tradicion. Ella penetró al través del pueblo, de los soldados y de los insultantes fariseos hasta el Salvador, mirando aquella humillada humanidad que se arrastraba sangrienta y casi desnuda bajo la pesada carga del leño del sacrificio, y solo pudo arrojarle una mirada, viva como un relámpago de tormentos y de amor, y oscurecida desde luego como el velo de un desmayo; pues agotadas las fuerzas de la naturaleza, María cayó desfallecida en brazos de Juan y de Magdalena, que en alas tambien de un amor intrépido volaron á socorrerla. En vano intentaron separarla de aquel teatro de horror y de martirio: el amor de María superó á su amor. En las grandes desgracias del objeto amado, el amor, cuando es ardiente, anhela saciarse de amargura, y halla un consuelo cruel en hartarse de dolor. No era el amor de María cobarde como el de los hombres, que apartan la vista del hijo ó de la esposa moribunda, porque tiemblan de sufrir. María ama con una fuerza divina, y tanto como se humilló y anonadó delante de Dios cuando la colmaba de sus dones, tanto es ahora el esfuerzo sobrehumano con que se levanta y se pone á trepar, bajo un sol abrasador, la pendiente del Calvario. Nada la detiene en su marcha. Nunca ardió mas su corazon de fuego

que cuando se dirige á ofrecer á Dios el doble sacrificio de su Hijo y de sí misma. El cielo le concede fuerzas extraordinarias: Juan y Magdalena se ven precisados á seguirla. Ella vió, pues, los preparativos del suplicio, las cruces, los clavos, el aparato formidable de este crímen inmenso. Ella siguió á Juan hasta el Calvario, pudiendo reconocer sus huellas por los rastros de sangre. Todavía en el tránsito amargo de Jesus se muestran ruinas de una Iglesia erijida á Nuestra Señora de los Dolores, en el paraje mismo en que María, rechazada primero por la guardia, encontró á su Hijo marchando al suplicio, recibió de Él un saludo, y cayó desmayada al sonido de su voz amada.

Parece al fin Jesus sobre la peñascosa esplanada del Calvario, sin un harapo con que cubrir sus carnes despedazadas y sus llagas chorreantes. ¡La castidad, la pureza por esencia!..... ¡La bondad, la beneficencia, el amor á los hombres, todo lo grande y lo bello encerrado en aquel cuerpo sin figura, desgarrado y pisoteado como el desecho de la humanidad! La humillacion toea aquí casi con lo infinito, como la grandeza, y Dios solo podia redimir al hombre pasando por este abismo de dolor!

Cuando el anciano Simeon habló del cuchillo de dolor que pasaria de parte á parte el alma de María, estaba contemplando sin duda los momentos crueles en que ella veia á Jesus clavado y muriendo sobre el árbol fatal. Aunque el discípulo fiel y la compañera inseparable se llevaron á María algunos pasos distantes de la cruz, para evitarle el atroz espectáculo de la crucifixion, los golpes que hundian el hierro en los miembros del Hijo resonaban en el corazon de la Madre. En un momento en que callaban las blasfemias y los insultos, atenta la feroz muchedumbre á una nueva barbárie, oyóse el martillazo sordo cayendo sobre la madera y las carnes despedazadas. Este golpe, para cuya crueldad no tiene términos la voz, se repitió por dos ó tres veces. La estremecida Magdalena apretó el pecho contra el de María; Juan, inmóvil como la estatua del dolor, ni aun se atrevia á mirarlas. Los tres experimentaban, dice Orsini, una sensacion como la que se percibe

en medio de una tempestad nocturna, cuando los gritos de los naufragos á quienes es imposible socorrer llegan sobre las olas, y se apagan uno tras otro en el fondo de las aguas. ¡Y María! Helada, convulsiva, acababa de ser crucificada. Y al levantarse el Hijo del Hombre clavado en aquel estandarte de ignominia, vuelto el rostro á las regiones de Occidente, el pueblo mas feroz de la tierra dió un aullido de alegría, como si saliera del infierno, insultando sin entrañas, no solo los tormentos del hombre, sino la omnipotencia de Dios. Hasta un bandido crucificado á su izquierda le maldecia agonizando desde su patíbulo. Y Jesus no abria su boca sino para perdonar é implorar misericordia. Y sin embargo, la raza de aquellos deicidas, despues de diez y ocho siglos, arrastra aun su suplicio sobre la tierra.

María fué mas grande aún en su constancia que en sus angustias. Los hombres y los apóstoles habian huído despavoridos, ella quedaba en medio de los verdugos, pronta á morir con su Hijo, y mirando sus llagas con unos ojos en los que la compasion se pintaba mas aún que el dolor, pues no ignoraba que aquellas llagas eran la curacion del mundo. Ninguna madre amó mas; pero tampoco criatura alguna conoció mejor la funcion angusta que llena el dolor sobre la tierra.

María, por entre los abismos insondables de su martirio, vió al mundo y á las generaciones agrupadas y postradas al pié de la cruz, y esta idea que, como una vision gloriosa, se apareció en su pensamiento, la privó de morir para mas padecer.

La cruz, que parecia no debia ser para Jesucristo sino instrumento de penas y un patíbulo de oprobio, se cambió desde luego en trono de misericordia y de clemencia, mientras se aguardaba pasase á ser despues un signo de honor y la esperanza y la ley del mundo. Sordo á los ultrajes de los blasfemos, y atento solo á la súplica y al arrepentimiento, Jesus perdona y promete el cielo al ladron convertido. Y despues, con los brazos extendidos como para abrazar la humanidad, fijando sus ojos sobre los que le habian seguido hasta el Calvario, vió á María, y á su lado al

discípulo querido. Queriendo dar el ejemplo de todas las virtudes, y recordarnos lo que debemos á los autores de nuestros días, dirigió su último cuidado hácia su Madre, evitando empero darle un nombre que hubiera abierto su llagas, ya tan vivas y tan hondas, y le dijo con dignidad y ternura: »Mujer, hé aquí á tu Hijo,» y al amado discípulo: »Hé aquí tu Madre.» Y este fué como el último adios.

Mujer y madre no, Jesus la llama.....
 Y sucumbe al asombro el pensamiento;
 Y allá en su seno el corazon se inflama,
 Y late encadenado y violento.
 Y ora suspira y balbuciente clama,
 Y apurando tormento tras tormento,
 »¿No soy su Madre?»—Con temor decia.....
 Y el viento—»No eres madre?»—repetia.

Y cual cierva veloz que saltadora,
 Fugitiva corriendo y asustada,
 Blanco de la saeta cazadora,
 Cae exánime, herida y desangrada;
 Exánime María, tambien llora.....
 Cede al golpe mortal de aguda espada
 Que sin Hijo, sin luz, sin sér la deja.....
 Y mirando á la Cruz, así se queja:

»¿De quién naciste en el portal oscuro?
 »¿Quién te arrulló, en las pajas reclinado?
 »¿No hizo el Exelso, de mi vientre puro,
 »Para tí, tabernáculo sagrado?
 »¿No fué mi pecho el invencible muro
 »Donde en sueño tranquilo, sosegado,
 »Sin turbacion amarga se dormia
 »Mi dulce bien, la complacencia mia?

»¡Mujer, y madre no! Y hace un instante
 »Que al hallarme en la calle de Amargura,
 »Cargado entre la turba fluctuante
 »Del sacrificio con la leña dura,
 —»¡Madre! con la sonrisa en el semblante
 »Dijiste, »¡no lloreis mi desventura!.....—
 »Y como madre te miré llorando,
 »Besos hermosos de tu amor buscando.

»¡Mujer!—Cuando por tí sufriera tanto
 »Y sufriendolo estoy; ¡oh desconsuelo!
 »¿Quién, con el suyo, enjugará mi llanto,
 »Ni con su anhelo calmará mi anhelo?.....
 »¿Dónde está Dios?—En medio mi quebranto
 »Huye la tierra, se oscurece el cielo,
 »Y fénix soy que consumido espira,
 »Del propio fuego en la humeante pira.

»¡Mujer!—Cuando enclavado en un madero
 »Tengo mi corazon dentro del tuyo.....
 »Cuando oveja, corrí tras el cordero,
 »Y, aquí la muerte, aunque mujer, no huyo..
 »Y aguardo tu suspiro postrimero,
 »Y á todo anhelo de vivir me escluyo.....
 »Y tú me dices en tu afan prolijo.
 »Señalándome á Juan: HE AHI TU HIJO.

»Madre seré, como de tí, del hombre
 »Que á torpe vicio el corazon dedica.
 »¡Madre del que abomina de tu nombre
 »Y á su ambicion el alma sacrifica!
 »Madre del mundo, ¡Lucifer se asombre!
 »Que al Justo de los justos sacrifica,
 »Que en vez acaso de acogerme, huya
 »Y se avergüence de llamarme suya!

»¡Madre de una nacion que te blasfema!
 »¡Madre de todo un pueblo déicida,
 »Que hunde tus templos, tus altares quema,
 »Rompe tus aras y tu culto olvida!
 »¡De ese Judá, que en insaciable flema,
 »Viéndome atribulada y condolida,
 »En tu sufrir desgarrador se engríe.....
 »Mi llanto escucha, y de mi llanto riel!"

Y como si preludeo del combate,
 Metálico clarín sonado hubiera,
 María escucha, su vigor se abate,
 Crece el asombro y el terror impera.
 El pecho de Jesús de nuevo late,
 Y, árbitro aun de la ocasion postrera,
 A su Madre tristísima, infelice,
 Con paternal acento así la dice:

»Sé madre de los hombres, Madre mia;
 »No tienen mas solaz en su desvelo,
 »Ni consuelo mayor en su agonía;
 »No tienen en su llanto otro consuelo,
 »Ni en sus noches eternas otro guía,
 »Ni nadie mas que tú colma su anhelo:
 »Sé madre de los hombres, Virgen pura,
 »Hoy reina del pesar y la amargura.

»Sé en sus enfermedades medicina,
 »Y el pan que en la miseria les aliente;
 »Compañera del alma peregrina,
 »Y refugio del párvulo inocente;
 »Madre sé, manantial y cristalina
 »Agua perpétua de su sed ardiente.....
 »Y ampáralos, que van por todos lados
 »Polluelos sin paloma extraviados.

»Yo nada hé menester. Esa ternura
 »Que tu esplendor aumenta y tu renombre;
 »Esa queja cruel de desventura
 »Que eclipsa los esmaltes de tu nombre;
 »Ese llanto de amor, esa dulzura,
 »Guárdala, Madre mia, para el hombre.
 »Tu candor, tu bondad, tu valimiento.....
 »No le queda otra cosa en testamento.

»Pedid á esa mujer cuanto quisiéreis,
 »Y tierra y cielo alcanzaréis por ella.
 »Si fé en vuestras creencias le pidiéreis,
 »De fé en el corazón será centella,
 »Que radiará por donde quiera fuéreis,
 »Porque si el mundo es mar, áncora es ella.
 »Mujer, si mia no, desde este día
 »Sé madre de los hombres, Madre mia."

Oyó la Virgen, y humilló la frente
 Sofocando su angustia lastimera:
 Suspiró; y en la ansia vehemente
 De ser refugio del que amarla quiera,
 Tendió los brazos mansa y dulcemente,
 Miró en rededor con expresion sincera,
 Y convocó piadosa á los humanos,
 Cual hijos suyos, de Jesús hermanos.

La noble Madre acogió esta palabra de separacion desgarrándose las entrañas. Desde aquel día pasó á ser verdaderamente la Madre de los hombres, que estaban representados en San Juan, y puede decirse, que en aquella hora triste y gloriosa á un tiempo, nos dió á luz para la vida celeste, asociándose á la grande obra de la redencion.

Todo esto pasaba el viernes, á la hora sesta, es decir, sobre el medio día. Entónces se cubrió de luto la grande obra de la creación, pues empezaba la agonía del Criador, como dijo un sábio del Areópago. Las estrellas aparecieron como antorchas pálidas de aquel funeral inmenso, reflejando su luz lejana y trémula, sobre la cumbre en donde se cometia el deicidio. A la hora nona el divino ajusticiado pronunció estas palabras: «Todo está consumado,” y para que se cumpliese tambien una palabra de la Escritura: habia dicho ántes: «Tengo sed.” Añadiendo por último: «Padre mio; en tus manos encomiendo mi espíritu.” Y en efecto, todo acababa de cumplirse. La justicia de Dios quedaba satisfecha, la caridad de Jesucristo manifestada á todos los siglos, y el hombre vuelto á levantar de su caída, como un edificio desplomado que se restablece en las proporciones de un antiguo plan.

Jesus quiso dar la prueba al mundo que no moria oprimido por el poder de la muerte, sino por un acto formal de su voluntad. Y así, á pesar de hallarse agotado de sangre y lacerado en todo su cuerpo, exhaló un gran grito, bajó la cabeza y espiró.

En este momento solemne debia Dios señalar con algunos prodigios la dignidad despreciada de su Hijo, y la naturaleza entera debia, estremeciéndose, prestar un homenaje de espanto y de dolor á la Divinidad humillada hasta la muerte. La tierra sacudió su cavernoso seno, haciendo temblar la Europa y la Asia, segun el testimonio de Plino y de Estrabon. Rasgóse el velo del antiguo templo, símbolo de todas las antiguas figuras, que como un cortinaje sombrío, encubrian la faz radiante de la realidad: partiéronse las peñas, y los sepulcros restituyeron algunos cuerpos de santos personajes de la antigua ley, que aparecieron en la ciudad santa, como trofeos reanimados de la victoria del Señor sobre la muerte; y aumentaron la consternacion general.

Verificóse entónces en favor de Jesus ya difunto, una reaccion portentosa. El centurion y sus soldados, y la turba inmensa que habia osado befar ó insultar al Crucificado, bajó aterrada la montaña, golpeándose el pecho y exclamando: ¡En verdad que este

era el Hijo de Dios! Algunas almas lloraron y creyeron; pero á otros el terror y no el amor les arrancó una confesion debida únicamente al gran gemido de la naturaleza; entre cuyas convulsiones y ruinas se veía en pié é inmóvil, una mujer, absorta en contemplar al que permanecía crucificado, y abandonado ya hasta de sus verdugos. ¡Y ésta mujer, era María!

Sondead, exclama un autor contemporáneo, sondead si podeis el abismo de este amor paternal y divino; abrid todas las tumbas, recojed en una sola copa todas las lágrimas que el primer delito del hombre hizo y hará derramar á todas las generaciones juntas hasta la consumacion de los siglos; abarcad todos los tormentos que el furor y la venganza han causado y causarán sobre la tierra; reunid en un solo pecho todas las heridas de la muerte, todo el luto de la viudez y de la horfandad, todo el pesar de los padres, toda la afliccion de las madres; y en este cúmulo de dolor que se escapa á la capacidad de vuestro pensamiento y que, repartido entre los hijos de Adan, bastara para hacerles morir, veréis como en sombra el dolor de María, que puesta en medio de las generaciones, exclama desde el pié del Calvario al universo; ¡Oh vosotros los que pasais por este valle de llanto y de amargura! ¡Ved si hay un dolor semejante á mi dolor!

Este día de llanto no pasa jamás sobre la tierra sin despedir sobre ella un lúgubre resplandor. La cruz recibe homenajes expiatorios; toda alma cristiana se abre á sentimientos de una misteriosa tristeza: la Iglesia, esposa desolada, se inclina llorando sobre un sepulcro, y nada hay, ni aun el mármol de los altares, por su inusitada desnudez, que no parezca convidar al mundo entero á la sombría y tétrica solemnidad de un grande luto. Este luto cubre las columnas del templo y las aras de la nueva ley. Los bronce sagrados callan, los ministros tambien enlutados no se atreven á levantar la voz, y murmuran palabras misteriosas. Un sordo ruido sube hasta las bóvedas del oscuro santuario, confuso recuerdo de las convulsiones de la tierra y del espanto del firmamento. Resuenan otra vez los acentos lúgubres del hijo de Helcias, mez-